



Stefan Zweig
La Estrella
Sobre El Bosque

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA ESTRELLA SOBRE EL BOSQUE

STEFAN ZWEIG

PUBLICADO: 1904

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: PROJEKT-GUTENBERG.ORG**

LA ESTRELLA SOBRE EL BOSQUE

Franz Carl Ginzkey

Con afecto

Una vez, cuando el esbelto y muy arreglado camarero François se inclinó al servir sobre el hombro de la hermosa condesa polaca Ostrowska, ocurrió algo extraño. Duró solo un segundo y no fue un sobresalto ni un susto, ni un movimiento o una reacción. Y sin embargo, fue uno de esos segundos en los que están contenidos miles de horas y días llenos de júbilo y dolor, como la poderosa fuerza salvaje de un gran roble, con todas sus ramas meciéndose y sus copas balanceándose, está contenida en una sola semilla esparcida por el viento. Nada externo sucedió en ese segundo. François, el ágil camarero del gran hotel de la Riviera, se inclinó más para colocar la bandeja mejor al alcance del cuchillo de la condesa. Pero su rostro descansó un momento justo sobre la suave y perfumada ola de su cabello, y cuando instintivamente levantó los ojos devotamente bajos, su mirada aturdida vio cómo la línea suave y blanca de su cuello se perdía en la oscura marea del vestido rojo oscuro que se abultaba. Como llamas de púrpura, ardió dentro de él. Y el cuchillo tintineó suavemente en la bandeja que tembló imperceptiblemente. Aunque en ese segundo intuyó todas las consecuencias de ese súbito encantamiento, dominó hábilmente su emoción y continuó sirviendo con la frialdad y un poco de la galantería de un camarero elegante. Pasó la bandeja con paso tranquilo al compañero constante de la condesa, un aristócrata mayor, dotado de una gracia serena, que contaba cosas indiferentes con una pronunciación fina y cristalina en francés. Luego se retiró de la mesa sin mirar ni hacer ningún gesto.

Esos minutos fueron el comienzo de una pérdida muy extraña y devota, una sensación tan tambaleante y embriagadora que la palabra amor, con todo su peso y orgullo, casi no le hace justicia. Era ese amor perruno, fiel y desinteresado, que las personas normalmente no conocen en medio de sus vidas, como solo lo tienen los muy jóvenes y los muy viejos. Un amor sin reflexión, que no piensa, sino que solo sueña. Olvidó por completo ese desprecio injusto y, sin embargo, imborrable que incluso las personas inteligentes y prudentes muestran hacia los que visten el frac de camarero; no pensó en posibilidades ni en casualidades, sino que alimentó en su sangre esta extraña inclinación, hasta que su secreta intimidad escapó de toda burla y crítica. Su ternura no era la de las miradas furtivas y acechadoras, la osadía repentina de gestos atrevidos, la lujuria sin sentido de labios ansiosos y manos temblorosas; era un esfuerzo silencioso, una disposición a esos pequeños servicios que son tanto más sublimes y sagrados en su humildad, cuanto más conscientes permanecen inadvertidos. Después de la cena, alisaba con dedos tiernos y acariciadores las arrugas del mantel frente a su lugar, como se acarician unas manos femeninas amadas y reposadas; organizaba todos los objetos cercanos a ella con una simetría devota, como si los preparara para una fiesta. Llevaba los vasos que sus labios habían tocado a su pequeño y oscuro cuarto abuhardillado, y los dejaba brillar en la luz perlada de la luna nocturna como joyas preciosas. Siempre estaba escuchando en secreto desde algún rincón su andar y su caminar. Bebía su idioma como se saborea un vino dulce y embriagador en la lengua, y atrapaba las palabras y órdenes individuales con avidez, como los niños atrapan una pelota voladora. Así, su alma embriagada llevaba a su vida pobre e indiferente un brillo cambiante y rico. Nunca se le ocurrió la sabia locura de vestir todo el acontecimiento con las frías y devastadoras palabras de la realidad, que el miserable camarero François amaba a una exótica y eternamente inalcanzable condesa. Porque no la sentía como una realidad, sino como algo muy elevado, muy lejano, que solo tocaba su vida con un resplandor. Amaba el orgullo imperioso de sus órdenes, el ángulo autoritario de sus cejas negras casi unidas, la arruga salvaje alrededor de su boca estrecha, la gracia segura de sus gestos. La sumisión le parecía una obviedad, y la proximidad humillante de un servicio bajo la sentía como una dicha, porque gracias a ella podía entrar a menudo en el círculo mágico que la rodeaba.

Así, en la vida de un hombre sencillo, de repente despertó un sueño, como una flor noble y cuidadosamente cultivada que florece junto a un ca-

mino donde de otro modo el polvo del caminante aplasta todas las semillas. Fue el éxtasis de un hombre simple, un sueño mágico y narcótico en medio de una vida fría y monótona. Y los sueños de tales personas son como botes sin remos que se balancean en una voluptuosidad vacilante en aguas quietas y reflectantes, hasta que de repente su quilla choca con un tirón brusco contra una orilla desconocida.

Pero la realidad es más fuerte y robusta que todos los sueños. Una noche, el gordo portero de Vaud le dijo al pasar: "La Ostrowska se va mañana en el tren de las ocho." Y luego mencionó algunos otros nombres indiferentes que no escuchó. Porque un tumulto confuso y vertiginoso se había formado en su mente a partir de esas palabras. Un par de veces se pasó mecánicamente los dedos por la frente apretada, como si quisiera quitar una capa opresiva que descansaba allí y oscurecía su comprensión. Dio unos pasos; era un tambaleo. Inseguro y asustado, pasó junto a un alto espejo con marco dorado, del que le miraba fijamente un rostro pálido y extraño. Los pensamientos no querían llegar, estaban como atrapados detrás de un muro oscuro y nebuloso. Casi inconscientemente, tanteó la barandilla y bajó la amplia escalera al jardín oscuro, donde los altos pinos estaban solos como pensamientos sombríos. Su figura tambaleante dio unos pasos más, como el vuelo bajo y vacilante de un gran pájaro nocturno oscuro, y luego cayó sobre un banco, con la cabeza apoyada en el respaldo fresco. Estaba muy quieto allí. Detrás, entre los arbustos redondeados, brillaba el mar. Luces suaves y temblorosas brillaban levemente, y en el silencio se perdía el canto monótono de las olas que rompían en la distancia.

Y de repente todo estaba claro, muy claro. Tan dolorosamente claro que casi encontró una sonrisa. Simplemente, todo había terminado. La condesa Ostrowska se va a casa, y el camarero François se queda en su puesto. ¿Acaso esto era tan extraño? ¿No se iban todos los extranjeros que venían, después de dos, tres, cuatro semanas? Qué tonto no haberlo pensado. Todo estaba tan claro, tan claro que daba risa, o llanto. Y los pensamientos revoloteaban y revoloteaban. Mañana por la noche, en el tren de las ocho hacia Varsovia. A Varsovia: horas y horas a través de bosques y valles, sobre colinas y montañas, sobre estepas y ríos y a través de ciudades bulliciosas. ¡Varsovia! ¡Qué lejos estaba eso! No podía ni imaginarlo, pero en lo más profundo sentía esa palabra orgullosa y amenazante, dura y lejana: Varsovia. Y él...

Por un segundo, una pequeña esperanza soñadora revoloteó. Podía seguirla. Y allí conseguir trabajo como sirviente, como escriba, como cochero, como esclavo; estar allí como mendigo temblando en la calle, pero solo no estar tan terriblemente lejos, solo respirar el aire de la misma ciudad, verla pasar a veces, solo ver su sombra, su vestido y su oscuro cabello. Rápidamente surgieron sueños apresurados. Pero la hora era dura e implacable. Vio lo inalcanzable desnudo y claro. Calculó: cien o doscientos francos ahorrados en el mejor de los casos. Eso apenas alcanzaba para la mitad del camino. ¿Y luego qué? Como a través de un velo rasgado, de repente vio su vida, sintió cuán pobre, cuán miserable, cuán fea debía volverse ahora. Años de camarero vacíos y desolados, torturados por un anhelo tonto, esta ridiculez sería su futuro. Un escalofrío lo recorrió. Y de repente, todas las cadenas de pensamientos se unieron de forma tormentosa e inevitable. Solo había una posibilidad.

Las copas de los árboles se balanceaban suavemente en una brisa imperceptible. Una noche negra y sombría se alzaba amenazante ante él. Entonces se levantó seguro y sereno del banco y caminó por la grava crujiente hacia la gran casa que dormía en un silencio blanco. Se detuvo ante sus ventanas. Estaban ciegas y sin un solo destello de luz que pudiera encender una esperanza soñadora. Ahora su sangre latía en pulsos tranquilos, y caminaba como alguien que ya no está confundido ni engañado. En su habitación, se tiró en la cama sin ninguna emoción y durmió un sueño pesado y sin sueños hasta el llamado de la mañana.

Al día siguiente, su comportamiento estuvo completamente dentro de los límites de una deliberación meticulosa y una calma forzada. Con fría indiferencia, cumplió con sus deberes, y sus gestos tenían una seguridad y despreocupación tan firmes que nadie hubiera podido adivinar, detrás de la máscara engañosa, la severa resolución que había tomado. Poco antes de la hora de la cena, se apresuró con sus pequeños ahorros a la floristería más elegante y compró flores selectas, que en su esplendor colorido le parecían palabras: tulipanes ardientes de oro que brillaban como una pasión, crisantemos blancos de anchos pétalos que parecían sueños ligeros y exóticos, orquídeas delgadas que eran imágenes esbeltas de la añoranza, y unas pocas rosas orgullosas y embriagadoras. Y luego adquirió un espléndido jarrón de cristal opalino brillante. Los pocos francos que le quedaban, se los dio a un niño mendigo al pasar, con un gesto rápido y despreocupado. Y se apresuró

a regresar. Colocó el jarrón con las flores con una solemnidad melancólica frente al cubierto de la condesa, que ahora preparaba por última vez con una voluptuosa y lenta meticulosidad.

Luego vino la cena. Sirvió como siempre: frío, silencioso y hábil, sin mirar hacia arriba. Solo al final abarcó toda su figura esbelta y orgullosa con una mirada infinita, de la que ella nunca supo. Y nunca le pareció tan hermosa como en ese último vistazo sin deseos. Luego se retiró del comedor tranquilo, sin despedida ni gesto, y salió de la sala. Como un huésped, ante el cual los sirvientes se inclinan y se reverencian, caminó por los pasillos y bajó la noble escalera de recepción hacia la calle: se tendría que haber sentido que en ese momento dejaba atrás su pasado. Frente al hotel, se detuvo un segundo indeciso: luego se dirigió hacia las villas brillantes y los amplios jardines, caminando más y más en su paso reflexivo, sin saber a dónde.

Hasta la tarde, deambuló así, inquieto en un sueño perdido. Ya no pensaba en nada. Ni en el pasado ni en lo inevitable. Ya no jugaba con la idea de la muerte, como se levanta y se baja un revólver brillante y amenazante en la mano en los últimos momentos, evaluándolo con la mirada. Hacía tiempo que se había dictado su sentencia. Solo las imágenes llegaban, en un vuelo fugaz, como golondrinas en vuelo. Primero, los días de juventud hasta una fatídica hora escolar, cuando una aventura insensata lo arrojó de un futuro prometedor a la confusión del mundo. Luego, los viajes incansables, el esfuerzo por el jornal, los intentos que siempre fracasaban, hasta que la gran ola oscura que se llama destino rompió su orgullo y lo arrojó a un puesto indigno. Muchos recuerdos coloridos pasaron en torbellino. Y finalmente brilló el suave reflejo de estos últimos días de sueños despiertos; y de repente volvieron a abrir la puerta oscura de la realidad, que tenía que atravesar. Recordó que quería morir hoy.

Por un tiempo, pensó en los muchos caminos que conducen a la muerte, y sopesó su amargura y rapidez. Hasta que de repente le atravesó un pensamiento. De sus sentidos turbios surgió súbitamente un símbolo oscuro: así como ella, sin saberlo y de manera destructiva, había pasado sobre su destino, también ella debía destrozar su cuerpo. Ella misma debía hacerlo. Ella misma debía completar su obra. Y ahora los pensamientos se apresuraban con una seguridad siniestra. En una hora, a las ocho, partía el expreso que se la llevaría. Quería lanzarse bajo las ruedas, ser aplastado por la misma fuerza arrolladora que le arrebató a la mujer de sus sueños. Quería desan-

grarse bajo sus pies. Los pensamientos se precipitaban y se perseguían jubilosamente. También sabía el lugar. Más arriba, en la ladera del bosque, donde las copas de los árboles oscilantes oscurecían la última vista de la bahía cercana. Miró el reloj: casi las pulsaciones y su sangre palpitante marcaban el mismo ritmo. Ya era hora de ponerse en camino. Ahora, de repente, había elasticidad y precisión en sus pasos cansados, ese ritmo duro y rápido que mata los sueños al avanzar. Inquieto, se precipitó hacia la espléndida penumbra del atardecer del sur, hacia el lugar donde el cielo se acunaba entre las colinas boscosas distantes como una franja púrpura. Y avanzó hasta llegar a la vía, que brillaba con sus dos líneas plateadas frente a él y guiaba su camino. Y lo llevaron en un trayecto sinuoso hacia arriba a través de los valles profundos y fragantes, cuyos velos neblinosos el pálido resplandor de la luna bañaba de plata, lo condujeron en su ascenso hacia la región de colinas, donde se veía a lo lejos el vasto mar negro nocturno que brillaba con las luces centelleantes de la costa. Y finalmente le mostraron el profundo bosque susurrante, que enterraba las vías en su sombra descendente.

Ya era tarde cuando se encontraba de pie, jadeante, en la oscura ladera del bosque. Los árboles se alineaban alrededor de él de manera siniestra y negra. Solo en lo alto, en las copas semitransparentes, un pálido y tembloroso resplandor de luna se entretejía en las ramas, que gemían cuando la suave brisa nocturna las abrazaba. A veces, extraños llamados de aves nocturnas lejanas se deslizaban en este silencio opresivo. Los pensamientos se congelaron en esta soledad angustiosa. Solo esperaba, esperaba y miraba, si no aparecería abajo en la curva de la primera pendiente el faro rojo del tren. A veces miraba nerviosamente su reloj y contaba los segundos. Luego volvía a escuchar el grito lejano de la locomotora. Pero era una ilusión. Todo se quedaba en silencio de nuevo. El tiempo parecía haberse detenido.

Finalmente, abajo en la distancia, brilló la luz. Sintió en ese segundo un golpe en el corazón, pero no sabía si era miedo o júbilo. Con un gesto repentino se arrojó sobre los rieles. Primero, sintió por un momento solo el frescor agradable de las barras de hierro en su sien. Luego escuchó. El tren aún estaba lejos. Pueden haber pasado minutos. Todavía no se oía nada, excepto el susurro de los árboles en el viento. Los pensamientos saltaron confusamente. Y de repente, uno se quedó y se clavó como una flecha dolorosa en su corazón: que moría por ella y que ella nunca lo sabría. Que ni una sola ola de su vida en ebullición había tocado la suya. Que ella nunca sabría que

una vida extraña había dependido de la suya, que se había destrozado por ella.

Suavemente jadeaba en la atmósfera quieta el ritmo de la máquina que subía. Pero el pensamiento ardía incesantemente y atormentaba los últimos minutos del moribundo. El tren se acercaba más y más. Y entonces abrió los ojos una vez más. Sobre él, un cielo silencioso y azul oscuro y algunas copas de árboles susurrantes. Y sobre el bosque, una estrella blanca y brillante. Una estrella solitaria sobre el bosque... Los rieles bajo su cabeza ya empezaban a vibrar y cantar suavemente. Pero el pensamiento ardía como fuego en su corazón y en la mirada que contenía toda la pasión y la desesperación de su amor. Toda la añoranza y esta última dolorosa pregunta inundaron la estrella blanca brillante que lo miraba con dulzura. Más cerca y más cerca se acercaba el tren. Y el moribundo abarcó una vez más con una última mirada indescriptible la estrella brillante, la estrella sobre el bosque. Luego cerró los ojos. Los rieles temblaban y oscilaban, más y más cerca retumbaba el traqueteo del tren volador, haciendo que el bosque resonara como si fueran grandes campanas martilleantes. La tierra parecía tambalearse. Un último zumbido ensordecedor, un estruendo giratorio, luego un silbido agudo, el grito aterrador y animal del silbato de vapor y el chirrido penetrante de un freno inútil...

La hermosa condesa Ostrowska tenía un compartimiento reservado en el tren. Desde la partida, leía una novela francesa, mecida suavemente por el movimiento oscilante del vagón. El aire del estrecho compartimiento era sofocante y estaba impregnado del aroma opresivo de muchas flores marchitas. Los racimos de lilas blancas ya se inclinaban cansados desde las espléndidas canastas de despedida como frutos demasiado maduros, las flores colgaban lánguidas de los tallos, y los pesados y amplios cálices de las rosas parecían marchitarse en la nube caliente de fragancias embriagadoras. Una sofocante humedad calentaba estas pesadas olas de aroma, que caían pesadamente incluso en la velocidad vertiginosa del tren.

De repente, dejó caer el libro con dedos débiles. Ella misma no sabía por qué. Era un sentimiento secreto lo que la desgarraba. Sentía una presión sorda y dolorosa. Un dolor repentino, incomprensible y opresivo le aprisionaba el corazón. Creía que iba a asfixiarse en el aire sofocante y embriagador de las flores. Y este dolor angustiante no se desvanecía, sentía cada vibración de las ruedas que zumbaban, el ciego avance la atormentaba indeci-

blemente. La asaltó de repente el deseo de detener el movimiento acelerado del tren, de hacer retrocederlo de ese dolor oscuro al que se precipitaba. Nunca había sentido en su vida una ansiedad similar por algo terrible, invisible, cruel, que le apretara el corazón, como en estos segundos de dolor incomprendible y miedo inexplicable. Y este sentimiento indescriptible se volvía cada vez más intenso, la presión en su garganta más fuerte. Como una oración, el pensamiento de que el tren se detuviera gemía en su interior.

Entonces, de repente, un agudo silbido de señal, el grito salvaje de advertencia de la locomotora y el chirrido lastimero del freno. Y el ritmo de las ruedas voladoras se ralentizó, más y más lento, luego un traqueteo titubeante y un golpeo intermitente...

Con dificultad, se acercó a la ventana para beber el aire fresco. La ventana se deslizó hacia abajo con un traqueteo. Afuera, figuras negras y agitadas... palabras volando de voces cambiantes: un suicida... bajo las ruedas... muerto... en campo abierto...

Ella se estremeció. Instintivamente, su mirada encontró el cielo alto y silencioso y, más allá, los árboles negros susurrantes. Y sobre ellos, una estrella solitaria sobre el bosque. Sentía su mirada como una lágrima brillante. Lo miraba y de repente sentía una tristeza que nunca había conocido. Una tristeza llena de ardor y anhelo, como nunca había sentido en su propia vida...

El tren comenzó a moverse lentamente. Se recostó en la esquina y sintió suaves lágrimas caer por sus mejillas. La sorda ansiedad había desaparecido, solo sentía un profundo y extraño dolor, cuya causa intentaba comprender en vano. Un dolor como el que sienten los niños asustados cuando se despiertan de repente en la noche oscura e impenetrable y sienten que están completamente solos...

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB